MENÉNDEZ PELAYO EN EL CONFLICTO ENTRE TRADICIONALISMO Y LIBERALISMO

MARTA CAMPOMAR FORNIELES

Dice José Luis Abellán en el volumen *Menéndez Pelayo hacia una nueva imagen,*[1] que en cada generación de españoles existe ese inevitable encuentro con Don Marcelino Menéndez Pelayo. Pero en ese encuentro nos preguntamos cuántos interpretarán al pensador MP con auténtico criterio histórico. Y a la inevitable pregunta que siempre queda flotando en el aire, de si MP fue o no liberal, o si se le puede calificar como tradicionalista, las respuestas aparecen cargadas de prejuicios generacionales y de contradicciones históricas.

Hoy todos nos declaramos liberales y demócratas. Es como un derecho adquirido de nuestras sociedades secularistas, con el cual juzgamos a nuestros antepasados sin tener en cuenta que ellos fueron víctimas y protagonistas del traumático proceso de secularización y socialización de una sociedad angustiada por la cuestión política religiosa que dividió a los ciudadanos cristianos en Europa y América, y en todos los niveles sociales. Hoy hemos perdido la noción de las dificultades, de las discrepancias internas y luchas ideológicas-políticas derivadas de la cuestión político-religiosa del siglo XIX

---

1 «Límites en la Historiografía de Menéndez Pelayo», *Menéndez Pelayo hacia una nueva imagen,* Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 1983, p. 31.

y comienzos del XX. Ante esta falta de perspectiva histórica, muchos de nuestros antepasados ya no nos parecen ni suficientemente liberales, ni progresistas, ni avanzados en su reformismo, y los tildamos de «conservadores» o de más «tradicionalistas» de lo que ellos mismos sospechaban. Y de los tradicionalistas del siglo XIX, desconocemos la complejidad política e ideológica que los agrupaba o dividía. Poco o nada sabemos de las causas por las que se tachaba a sus miembros de «mestizos», o por «apostasía» liberales como sería el caso de MP, a quien se le acusó de traicionar su tesis integrista de la *Historia de los Heterodoxis Españoles.*

A las simplificaciones históricas e ideológicas sobre el siglo XIX se le puede añadir la manipulación político-religiosa del «mito» de MP por parte del catolicismo militante que se adueñó de su obra, especialmente de su HHE, para mantener la imagen de un católico a machamartillo, de un ser humano perfecto, sin lunares y del pensador intransigente con el error. Este sector negó siempre su evolución ideológica y político-religiosa, en concreto su filiación al partido liberal conservador. Desde la revista *Arbor,* Rafael Calvo Serer responderá a estas objeciones argumentando que MP no fue liberal en sentido canovista o maurista, y su afiliación al partido conservador liberal fue «accidental». Eran meras «posibilidades políticas» que nunca se tradujeron en actos porque estaban en contradicción con su espíritu católico.[2]

Sobre MP recae una confusa aureola de pensador «carca», difícil de borrar respués de cuarenta años de adoctrinamiento menéndezpelayista y de Nacional Catolicismo desde donde se articulaban interpretaciones partidistas de su obra. Los conocidos «Textos sobre España», las autobiografías, las innumerables «vindicaciones» y «actualizaciones» de la figura del polígrafo dejan entrever un fondo polémico interno franquista donde se debatía la posible apertura o cerrazón del régimen pasando por el supuesto liberalismo o tradicionalismo de Me-

[2] R. Calvo Serer, «España sin Problema», *Arbor,* XIV (1949), pp. 160-173.

néndez Pelayo. La célebre polémica de una España con o sin problemas en la que entrecruzaron opiniones A. Tovar, Laín Entralgo, F. Pérez Embid y R. Calvo Serer, pone de manifiesto esta realidad. En ella se debatían dos tendencias,[3] la de los aperturistas (liberaloides y nietos del 98 para los intolerantes) y la del sector intransigente que de ninguna manera busca el diálogo o la convivencia con los heterodoxos de «h» mayúscula o minúscula. La obra de Jorge Vigón representa al catolicismo intransigente defendiendo el tradicionalismo antiliberal de MP.[4] Vigón niega cualquier conexión de éste con el liberalismo condenado en el Syllabus de Errores de 1864. Junto con el caudillo, MP pasa a ser el pilar de una España católica unida, la que venció a la heterodoxia en 1936 y para quien nunca había transacciones con el liberalismo.

Antonio Tovar, por su lado, insistía en que MP había sido un liberal conservador decimonónico. Laín Entralgo sugería que tenía «lunares» y que buscó «un modo singular de ser católico», porque como intelectual había tenido problemas con sus correligionarios. Los apologistas de *Arbor*, Calvo Serer y Pérez Embid, no transigían con esta versión conflictiva de MP. Argumentaban que él había «superado» la España agónica del 98, y que su pensamiento apuntaba hacia una «política salvadora» para una nación unida sin heterodoxia y de «valores eternos». Dentro de esta versión histórica no entraba el MP liberal; llamarlo como Tovar «buen liberal decimonónico a la inglesa» para Calvo Serer era «mucho presumir». Y se pregunta «¿cómo podría figurarse esa calificación de liberal decimonónico en el reconocimiento que Tovar hace de sus ideas de católico ultramontano?».[5]

---

[3] Sobre esta célebre polémica ya hemos hecho referencia en nuestro artículo sobre «Menéndez Pelayo y los problemas del Intelectual Católico de la Restauración», en *Menéndez Pelayo hacia una nueva imagen*, pp. 73-75. En una ponencia todavía no publicada en la UNED, sobre «Cuarenta años de Menéndezpelayismo» desarrollamos el tema con más precisión.

[4] Ver *Menéndez Pelayo a los cien años*, Madrid: Editora Nacional, Hombres de Actualidad, 1957.

[5] R. Calvo Serer, o. c., p. 170.

Por el centenario en 1956, se acentuó la imagen del perfecto intelectual católico, del genio de la raza, y capitán general del espíritu católico junto al Caudillo. Franco rinde culto a MP en la Catedral de Santander. La Pastoral de los metropolitanos bendice al grande historiador tradicionalista como modelo de fidelidad a la Iglesia católica. El centenario inundó la prensa de huecos homenajes y de controversias internas. De cara al silencio de la izquierda y de un sector influyente dentro del catolicismo, el tomismo, surgen nuevas «actualizaciones» de MP.

Comienzan a aparecer en los años setenta estudios más objetivos donde se vislumbra que MP fue una personalidad más compleja y de matices ideológicos más complicados que el de las sencillas etiquetas de la propaganda nacional católica. Quizá el más valioso y revelador testimonio del auténtico MP, se lo debamos al saliente director de su Biblioteca, D. Manuel Revuelta Sañudo, por su publicación del Epistolario completo de MP. En las cartas se palpa el verdadero hombre de carne y hueso con su integridad profesional, sus retractaciones, evolución intelectual, sus temores, esperanzas e ideales marchitos.

Desde el Epistolario podemos palpar lo difícil que fue para MP expresarse como intelectual católico de Vaticano I, con un criterio libre e independiente de los dogmatismos de izquierda y derecha en épocas de exacerbadas polémicas internas e internacionales. Dentro de este panorama podemos afirmar que su liberalismo y tradicionalismo era una actitud fluctuante atrapada entre dos extremos. En medio de un cisma católico escandaloso y de un fanatismo anticlerical avasallador de los derechos constitucionales del catolicismo, MP busca una definición propia de los hechos, mucho más sutil y amplia en sus conceptos que el que se le ha querido atribuir como pensador católico intachable.

En nuestro artículo citado (pp. 73-99) ya hemos tratado a fondo a «Menéndez Pelayo y los problemas del intelectual católico de la restauración». Sin repetir los mismos planteamientos, sí vamos a referirnos a ellos como el marco principal para

determinar en qué sentido pudo ser MP liberal o tradicionalista, o ambas cosas a la misma vez dentro del contexto histórico del siglo XIX.

Juan Valera en los años sesenta se quejaba de que sus contemporáneos «progresistas» lo tildaban de «neo» reaccionario, mientras que para los neo católicos era un liberal heterodoxo. Ni unos ni otros querían entrar en las sutilezas de su mente demasiado ambigua, clasicista y escéptica para pertenecer a los ideales dogmáticos de ambos lados. Algo de esto mismo le ocurría a su amigo MP. Su pensamiento como el de Valera, navegando en medio de controversias político-religiosas, estéticas y sociales, busca zonas de independencia «artística y filosófica» que molesta a la militancia política e ideológica de sus contemporáneos. Las aparentes «palinodias» o «contradicciones» o «apostasías» intelectuales de Valera, MP y otros tantos pensadores de la Restauración eran una forma de resistir los dogmatismos extremos que deformaban el arte, la historia, la filosofía, la ciencia y la educación, procesos en sí mismos complejos de la experiencia humana y abiertos a especulaciones e hipótesis discutibles. El liberalismo de MP pasa por este parámetro crítico más que por una convicción política militante. Lo mismo ocurre con su tradicionalismo, que no encajó del todo con las soluciones dinásticas de un carlismo integrista poco fecundo para la restauración canovista y la hipótesis de León XIII.

Ya desde su juventud, en la Ciencia Española, plantea MP una contradicción interna en la defensa de una tradición católica española contra el «heterodoxo» o «extranjerizante» que la denigre o minimice, y la libertad e independencia de esta misma tradición española de los dogmatismos estrechos de la escolástica universal. En esto consiste la doble polémica de La Ciencia Española. De esta misma controversia surge su ideal renacentista vivista, y su lema de ciudadano libre de la República de las Letras. El «in dubiis libertas» (que ya Laverde había ejercido contra el predominio tomista dentro de la filosofía española) se convirtió en un ideal de vida y en convicción personal. En plena euforia de la *Aeterni Patris* de 1879,

recuerda a los tomistas que de tejas abajo es libre para opinar y en nada afecta su independencia artística y filosófica al dogma católico y a los principios de la fe. Católico, apostólico y romano se declara ante ortodoxos y heterodoxos en su Ciencia Española. En el Brindis del Retiro, en medio de polémicas internas entre íntegros y mestizos y en desafío de Jules Ferry, defiende la España tradicional de Calderón. En esta ocasión la España «heterodoxa» calla y censura, la católica se disputa internamente al «Calderón es nuestro» y al autor del Brindis atrapado entre íntegros y mestizos.

Libertad y liberalismo, tradición y tradicionalismo: en esta compleja trama de conceptos dentro del agitado ambiente político religioso de la Restauración las palabras no significan lo mismo. Están en permanente fluctuación dentro de los acontecimientos históricos de la política nacional. La política cotidiana determinaba cambios ideológicos en los protagonistas, y en MP una personalidad que no se casaba con nadie, censurado y vapuleado en varios frentes simultáneamente, esto fue una realidad.

Quizá como punto de partida para definir el liberalismo decimonónico de MP, habría que comenzar con la definición de su opuesto: el tradicionalismo español.

La palabra dentro del contexto político-religioso de la Restauración y del cisma *católico universal*, adquiere connotaciones especiales. En nuestro artículo «Menéndez Pelayo y los problemas del intelectual católico de la Restauración» hemos definido aspectos de la complicada ideología tradicionalista en la que se mezcla el integrismo político religioso del Concilio Vaticano I y los ideales monárquico-tradicionalistas del carlismo. Las discusiones internas entre la tesis y la hipótesis que dividieron al catolicismo europeo también afectaron al tradicionalismo español, quien se declaró heredero de las tradiciones católicas de España, incluyendo a grupos antagónicos dentro del catolicismo como llegaron a ser el carlismo, el neocedalismo integrista y los mestizos pidalistas. Curiosamente para MP en 1886, el Partido Liberal conservador canovista se había convertido en la representación más genuina «de los

principios tradicionales». A su amigo Morel Fatio le confiesa que siguiendo a Pidal y su Unión Católica, ha llegado a entenderse con Cánovas: «con él estamos todos sin discrepancia alguna porque a nuestro entender sólo el partido conservador liberal que Cánovas preside tiene hoy verdadera y genuina representación de los principios tradicionales de la política española, sin exageraciones absurdas, fantásticas e imposibles» (carta a Morel-Fatio, 19 enero 1886) (*E VII*, N.º 419).

Estas afirmaciones confirman la evolución del autor de los *Heterodoxos Españoles* hacia una postura más pragmática dentro de la política cotidiana. El mismo que había censurado con dureza al liberalismo moderado en la Historia, le atribuía a este setcor la representación más genuina «de los principios tradicionales». Las exageraciones y abusos del tradicionalismo nocedalista y carlista, con el que ya no tenía diálogo, le llevaría a esta evaluación, que para el ala tradicionalista-integrista fue un acto de «apostasía» histórica.

Esencialmente la palabra tradicionalismo arrastraba desde 1812 el enfrentamiento de la España tradicional católica con la sociedad del progreso, liberal secularista, desamortizadora de los bienes del clero, la que abolió a la Inquisición y abrió las puertas al espíritu revolucionario de Francia, «los filósofos» impíos, y a los científicos protestantes del Norte. Lo francés, lo europeo, el antipapismo y antijesuitismo galicano, las libertades de prensa y educación, la autonomía regional, la centralización y estatismo liberal, el mercantilismo y el utilitarismo, el positivismo científico, éstas eran las cuestiones más candentes que separaban a liberales y tradicionalistas. En medio de estos debates, como un hilo ininterrumpido desde el siglo XVIII, se mantiene la polémica acerca de la decadencia española, que estallará en el siglo XIX, y no dejará de atormentar a todos los intelectuales y científicos que se ocupan de las artes y ciencia españolas. Las innumerables recetas reformistas, las causas y los remedios, generan disputas y divisiones interminables, aun dentro de un mismo partido.

Cuando en 1876 el joven ultramontano MP irrumpe con su versión de la polémica en un doble frente, el integrismo ultra-

montano y el tradicionalismo carlista compartían una misma causa común. Ellos se consideraban los verdaderos herederos de las tradiciones católicas de España, desdeñadas por el liberalismo, por los krausistas y extranjerizantes de nuevo cuño.

Tradicionalismo, españolismo, regionalismo y carlismo cabalgaban juntos, formando la Gran Comunión Tradicionalista, apoyada por los principios integristas del Concilio Vaticano I. No será hasta 1888 cuando se escinde el carlismo del integrismo en que ambos sectores se disputarán el título de «tradicionalistas».

Pero la Polémica de la Ciencia Española de 1876 arrastraba ideológicamente un tradicionalismo mucho más complicado que el que se ha querido advertir. Por un lado MP recoge la defensa de una tradición y ciencia católica defendida por Forner, Denina y Cavanilles contra los discípulos de Monsieur Masson que reniegan de ella. En su análisis de las causas de la decadencia española MP no carga las tintas sobre la leyenda negra liberal: Felipe II y la Inquisición. Ante las acusaciones de la España progresista liberal de que debido a la intolerancia religiosa no hubo ciencia ni progreso en España durante cuatro siglos, el joven polemista se esmera en refutar esta tesis desenterrando del olvido filósofos y científicos españoles y ensalzando el siglo de oro que muy poco tuvo de decadente y fue testimonio de creatividad y sentido crítico por parte del catolicismo español.

Al profundizar el tema (ya desarrollado por Laverde) de la filosofía ibérica, MP se hará eco de otro asunto delicado dentro de las discusiones sobre la decadencia española: el predominio de la escolástica como parálisis intelectual dentro del catolicismo en general y en el desarrollo científico o intelectual de España. Esta acusación ya venía planteada por el P. Feijoo [6] desde 1745 y rápidamente la recogerá Laverde en los *Ensayos*. Por lo tanto no es una «palinodia» ni una «contradicción»

[6] B. J. Feijoo, «Causas del atraso que se padece en España en orden a las Ciencias Naturales», publicado en *La polémica de la Ciencia Española*, Madrid: Alianza, 1970, pp. 25-43.

encontrar al joven MP emprendiendo su defensa de la ciencia y filosofía española en un doble frente krausista y tomista. En medio de las estocadas contra krausistas y liberales de café incluye alusiones directas a la culpabilidad del sector tomista en la parálisis española

En la España de los dominicos defensores de la restauración escolástica desde 1854, en presencia de Fray Zeferino González, tomista de renombre internacional, el joven polemista católico se muestra más «crítico» e «independiente» en su tradicionalismo humanista que lo que preveía la rigurosa ortodoxia del ultramontanismo universal.

Es sabido que el renacimiento español y Luis Vives fueron el eje ideológico sobre el cual Laverde y MP montaron su andamiaje de una filosofía nacional católica, «independiente» de la escolástica. Se podría decir que ellos dos inventaron un tradicionalismo humanista-renacentista a contrapelo del tomismo «extranjerizante» y del tradicionalismo francés de moda, ambos defensores a ultranza del medioevo cristiano europeo. Y esto plantea otra perspectiva al tradicionalismo de MP. Ni en arte, ni en filosofía, ni como concepto teológico aceptó él el pesimismo antirracionalista del tradicionalismo francés. Aborreció las confusiones entre ciencia y fe, lo temporal y espiritual, lo bello y lo bueno, que provenían de este sector influyente de la ortodoxia católica universal, censurándolo en la *Historia de las Ideas Estéticas*.

A MP no se le puede incluir como a Donoso Cortés en el tradicionalismo fideísta vigente, que irónicamente había hecho migas con el tomisto integrista antisecularizador. Esta alianza era para él una verdadera incongruencia filosófica, y así lo manifiesta al P. Fonseca, y en cartas privadas a Laverde.

Desde su juventud MP hizo frente a esta escuela y se nota su aversión al juzgar el romanticismo francés de Chateaubriand, sus dudas acerca de la ortodoxia de Donoso Cortés, su explícito rechazo de la estética neocatólica del tomista P. Jungmann en las *Ideas Estéticas*. En su correspondencia con Antonio Rubió y Lluch, ya en 1876 desafiaba abier-

tamente a la escuela antirrenacentista y anticlasicista del «Ver rongeur», el Abate Gaume, defensor a ultranza del medioevo cristiano en detrimento del renacimiento europeo.

No se ha dado suficiente importancia a este antitradicionalismo de MP, que corre como un hilo ininterumpido a lo largo de toda su vida. En este terreno nunca suavizó sus censuras, reiterando permanentemente su adhesión a un tradicionalismo crítico renacentista. El autor de *Horacio en España,* de la *Bibliografía hispano-latina clásica,* de la *Antología de poetas líricos castellanos* deja constancia para la posteridad de dónde está en su opinión la savia cultural del pensamiento y la ciencia española. La cual es motivo de escándalo y de silencio prolongado para los mogigatos y católicos intolerantes que tratan su humanismo renacentista como un pecadillo, y para los tomistas que lo consideran como su gran desviación intelectual del correcto camino a seguir dentro de la ortodoxia trazada por el catolicismo ultramontano. Ser vivista renacentista, hamiltoniano y hegeliano no encajaba en los cánones del tradicionalismo de Vaticano I.

Si en la polémica de la Ciencia Española se abrieron varios frentes que marcaron el rumbo intelectual de MP hacia un tradicionalismo ambiguo, su *Historia de los Heterodoxos* llegó a ser la gran contradicción ideológica de su vida. Nunca militó él dentro del carlismo. Pero es verdad que su tesis en esa obra es puramente integrista y antiliberal y que en sus conclusiones históricas justifica la causa carlista como rebelión popular en defensa de la fe y las tradiciones regionales españolas.

Como ya hemos demostrado en un amplio estudio,[7] MP mantiene a lo largo de su obra una postura ortodoxa ultramontana y antiliberal, que beneficia a la tesis integrista contra los términos medios y las transacciones de la «hipótesis» o del

---

[7] En *La Cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los Heterodoxos Españoles,* Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 1984, analizamos a fondo y detalladamente la complejidad ideológica e integrista de esta obra.

catolicismo liberal. Su censura de Erasmo, del obispo Torres Amat, de la Unión Liberal del Partido Moderado, de la Restauración Canovista y de la Constitución de 1876, son una evidencia concreta de su actitud negativa hacia las medias tintas. Lo que no deja lugar a dudas en esta obra es su rechazo a todo liberalismo secularizador y laicista. Este liberalismo debía ser extirpado de España por ser planta exótica, herejía moderna administrativa, heredera del galicanismo impío francés, e instigadora de un Estado sin Dios contrario a la identidad nacional católica de España.

Al pasarse MP junto con Pidal a la Unión Católica y de allí al Partido Liberal Conservador la *Historia de los Heterodoxos* pasa a ser una gran tesis contradictoria de estos principios antiliberales, «apostasía» para los íntegros tradicionalistas, y una «incongruencia» peligrosa para el sector liberal progresista. En el largo debate parlamentario entre 1885-1886, en el cual participó MP contestando a alusiones ofensivas por parte de Castelar, esta tensión se pone de manifiesto.[8] La prensa integrista movilizada por Nocedal, y la liberal progresista que seguía el debate de Castelar y Sagasta, contra la alianza Cánovas y Pidal, hacen permanentemente hincapié en las contradicciones inherentes de la *Historia de los Heterodoxos*. Para Castelar era enervante y hasta dudoso tener como senador liberal conservador por Palma de Mallorca a quien en su historia de España desterraba a sus propios correligionarios, censuraba su liberalismo y anhelaba la destrucción de todo progreso y libertad.

Sin duda los *Heterodoxos* pasó a ser para MP su obra más «ingrata». Se le citaba permanentemente desde varios flancos ideológicos opuestos para desprestigiarlo como investigador y ciudadano. La realidad es que a nadie logró satisfacer esta obra. Para los íntegros fue un símbolo de «apostasía» mestiza, para los progresistas una incongruencia tener a su autor representando al Partido Liberal y prueba de la nefasta in-

[8] Ver nuestro artículo «Menéndez Pelayo en el debate Parlamentario de 1884-85», *BBMP*, LXII (1986), pp. 267-315.

cursión del pidalismo ultramontano dentro del liberalismo al que se quiere destruir desde dentro. Para la Unión Católica fue también una obra difícil de asimilar por su abierta censura a las alianzas moderadas con el liberalismo. Esta será la recriminación de Sánchez de Toca en su análisis crítico de la obra.

Para el envejecido MP su *Historia de los Heterodoxos* fue obra de juventud que, como toda obra histórica, envejece rápidamente, pero que contenía datos bibliográficos útiles para la posteridad. Cuando intentó reescribirla ya no tenía el ánimo ni las fuerzas para emprender semejante proyecto de reestructuración histórica. Pero queda la duda de qué hubiera hecho con ella y con su tesis más profunda (su sistemática condena del liberalismo en todos sus matices) ante los acontecimentos históricos que le tocaron vivir.

No hay que buscar grandes conversiones ni contradicciones en MP. Los hechos le fueron llevando a una progresiva evolución de su pensamiento y de sus convicciones personales. Su trayectoria política dentro del liberalismo conservador fue un acto de adhesión a lo que desde Roma se venía indicando bajo León XIII. El dejar de lado la intransigencia política religiosa del carlismo nocedalista en búsqueda de una alianza con el liberalismo conservador marcaba las nuevas reglas de juego político-religioso a las que se adhirió sin pensar en sus traumáticas consecuencias. Eran éstas las directrices que desde Roma le habían llegado a Pidal y Mon al querer convertir la Unión Católica en partido político.

En carta a Morel Fatio del 19 de enero de 1886 (*E VII*, N.º 419) sobre la naturaleza ambigua de la discutidísima Unión Católica, MP le expone su punto de vista sobre la alianza Pidal-Cánovas como un proceso de fusión natural y de conveniencia para ambos sectores. Le confiesa que tenía motivos para seguir a Cánovas y Pidal (ellos lo iniciaron en su carrera académica), pero también le advierte que en la Unión Católica existen criterios divergentes, y que él mantiene un cierto grado de independencia. En materia educativa apoya a Pidal, centra las pretensiones de la Institución Libre, y a favor de los dere-

chos legítimos y libres de la educación católica. Ya en su discurso parlamentario, en 1885, se había enfrentado con Castelar sobre este punto, defendiendo la constitucionalidad de estos derechos, sin los tintes intolerantes del todo o nada del integrismo católico y sin el secularismo ofensivo de los Progresistas.

La participación a favor de los legítimos derechos de la educación católica será una constante en la vida de MP. Pero en sus proyectos concretos poco o nada influyó. Comenta a M. Fatio: «en ninguno de estos proyectos (educativos) he tomado parte alguna, ni tampoco en todos los pormenores estoy conforme». Pero admite en ellos «una tendencia generosa y elevada, y un ardiente deseo de mejorar el actual misérrimo estado de la instrucción en España». Lo remite al folleto sobre Católicos y Conservadores de Sánchez de Toca, aunque advierte que si bien representa el ideal de la Unión Católica no es el pensamiento político de todos los socios.

MP no fue miembro activo de la Unión Católica como Sánchez de Toca. Su contribución como asesor literario en el periódico de La Unión y en la *Revista de Madrid* fue más académica que política. Esa será también su actitud en todos los puestos políticos que ocupó como Senador Conservador por Palma de Mallorca en 1884 y por Zaragoza en 1890. En su discurso como Senador por Palma de Mallorca se interesó más por restaurar la figura de Lulio que por la política unionista de la isla. Como Senador conservó la Biblioteca de los Osuna para el patrimonio nacional, pero no pudo evitar la venta al extranjero (a los americanos) de la Biblioteca del Marqués de Jerez. Para él esta pérdida era más desastrosa que la pérdida de las colonias

Como Senador por Zaragoza, su discurso fue aún más audaz e «independiente» que el de Lulio a quien rescató de las garras tomistas. En esta ocasión él, respetuoso de las grandes tradiciones católicas nacionales, la llegada de Santiago de Compostela a España y el Pilar de Zaragoza, duda no obstante de su validez como hecho histórico. Las respeta como foco de piedad popular pero pone en tela de juicio su elemento

mágico tradicionalista. Cuestiona también los falsos cronicones autores de leyendas piadosas locales y de muchas fábulas históricas que plagaban la historia de España. En este sentido podemos decir que fue, como historiador, más positivista que tradicionalista.

Aunque en vida se le quería definir como el prototipo del intelectual retrógrado, defensor de una ciencia hueca y estéril (opinión de Castelar y del Sector Progresista), no se le puede equiparar con la mente ultramontana de un Pidal y Mon, a quien le costaba mezclarse con el liberal declarado, y era tomista cerrado y más ultramontano en sus instintos. Lo que Pidal tenía sobre él era influencia, dinero y oratoria.

A la hora de una definición de sus ideologías, la de MP era infinitamente más sutil e independiente, hasta diríamos escéptica, que la de sus correligionarios de la Unión Católica. El hecho de que no hiciera concesiones a los atropellos dogmáticos del liberalismo secularista y positivista a ultranza no da pie a que se le confunda con la intolerancia de integristas o mestizos respecto a las espinosas relaciones entre la ciencia y la fe. La tesis que defendió como Senador Conservador era clara: el pueblo español es católico y como tal tiene derecho a defender su religión dentro de la Constitución y por medios legales. Estos derechos se defienden en la escuela, en la cátedra universitaria, en la prensa, en las ciencias y artes. MP en su discurso parlamentario no cree que la ciencia y la fe se excluyan mutuamente. Lo que se necesita es coraje, método, rigor científico para enfrentar los desafíos y los conflictos inherentes en la ciencia misma, que no necesariamente tropieza con el dogma católico. Es una manía liberal de los progresistas y positivistas el enfrentar uno con la otra y declararlas «irreconciliables». Los verdaderos conflictos provienen de lo torcido, de la incompleta noticia de la ciencia positivista, o de algún creyente (íntegro) escrupuloso y poco ilustrado que coartan la verdadera libertad científica.

Ante la avasalladora actitud de los científicos progresistas, para quienes la ciencia era infalible, MP propone que la ciencia es una mera hipótesis y no un dogmatismo excluyente.

La ciencia es para pensadores recios, para trabajadores a fondo y no para diletantes oradores y políticos. Al católico le recuerda que la ciencia está en armonía con la fe y que si supone conflictos o antinomias, forma parte de la disputa de los hombres que no debe asustar al creyente. La ciencia puede y debe resolverse con gran respeto por el dogma católico. En tiempos de darwinismo cuestionado, de tradicionalismo fideísta, y positivismo exacerbado, MP propone un respetuoso entendimiento entre la metafísica, la teología, la biblia, las ciencias naturales y la fe católica racionalista y crítica.

En cuanto a la cuestión escolar desatada por las supuestas medidas represivas del Ministro de Fomento Pidal y Mon (revueltas en la universidad provocadas por íntegros y castelarianos contra Pidal), recuerda a Castelar que como catedrático estaba obligado a defender la disciplina y no la rebelión estudiantil, y que para evocar los derechos de la cátedra y el pensamiento libre era necesario haber leído y pensado mucho. La ciencia no se tomó por asalto, ni basta la impiedad. Más importante es que la ciencia sea ciencia. Y en un tono de escepticismo realista le recuerda que la libertad de ciencia, como tal, no existe, porque la ciencia debe someterse a la disciplina y a la voluntad.

Sobre el espinoso asunto de la libertad de enseñanza, cree que es una quimera, ya que todo sistema educativo eventualmente está sometido a programas estatales y las instituciones tienen en Europa un voto de fidelidad al Monarca o al Estado Soberano.

Desde los años juveniles, MP se resistía a la centralización de la educación en el Estado y a la inspección de la educación, ya sea por la Iglesia o las autoridades civiles. Apoyaba una libertad responsable de la educación y de la ciencia y le molestaba la subvención del Estado a escuelas laicas como la Institución Libre de Enseñanza o a publicaciones mediocres, sean éstos de católicos o liberales. La política mezclándose con la ciencia le producía rechazo, y mucho más cuando ésta se decidía en los sectores del poder madrileño. En sus últimos años, se queja a sus amigos Rodríguez Marín y Estelrich de que ni

el *Quevedo* de aquél, ni el *Boscán* en Cataluña ni sus *Orígenes de la novela*, han merecido la atención de la crítica madrileña, «ni en Madrid ni en provincias se han dado por enterados de tal cosa» (*E*, XVIII, 311).

Esencialmente MP era un pensador antidogmático. Su sentido del liberalismo o la libertad de pensamiento pasaba por su fe católica pero en un quehacer científico libre de presiones políticas o religiosas.[9] Siempre dio a entender que la li-

---

[9] Es interesante la correspondencia entre Clarín y MP entre 1891-1892, sobre el problema de la instrucción pública, la gran batalla entre liberales y católicos en el siglo XIX a nivel universal. En esta cuestión trascendental las opiniones de los intelectuales españoles variaban enormemente. Clarín, un liberal «conspicuo» y MP un católico de convicción, coincidían en muchos puntos, entre ellos el quejarse de que se despojaba a la educación de la religión y de los estudios clásicos. En su discurso de apertura en octubre de 1891 en el claustro krausista de la Universidad de Oviedo, Clarín censurará la excesiva centralización universitaria del liberalismo estatalista, que todo lo medía por el dinero, lo político y los intereses de partido. No existe, según Clarín, una desinteresada labor por la cultura. MP aplaude este discurso, y le escribe desde Madrid, 26 octubre 1891:.

«Yo he sido siempre muy poco liberal, en el sentido de que la libertad nunca he podido entenderla como «fin» sino como «condición» y «medio» de realizar el ideal de vida humana y acercarnos en lo posible al ideal de vida divina. Por eso los liberales vulgares (especialmente los *economistas* o individualistas tontos que tanto abundan en España) me revientan y me parecen egoístas e inmorales; pero se me ensancha el alma cuando veo a un liberal como usted coincidir conmigo en lo esencial del terrible problema de la enseñanza, que nadie, ni liberal ni conservador, se atreve a plantear aquí en sus verdaderos términos, es decir, la absoluta necesidad de la educación religiosa, no ya sólo para que la vida colectiva no acabe de disolverse, lo que importa más, para la salvación del alma propia, como quiera que esto se entienda (*E*, XI, n.º 357).

Del comentario de MP deducimos que odia del liberalismo la mentalidad utilitaria o comercial; en su propias palabras, los «economistas», que no miden la educación como ensanchamiento del espíritu. Su actitud no es la del fanático neocatólico para quien la educación debe ser en todo católica. La religión es una condición necesaria para «la salvación del alma propia, como quiera que esto se entienda», y creemos que esta frase tiene para MP un sentido amplio de lo religioso, capaz de abarcar a un progersista como Clarín o a un escritor como Galdós.

bertad no era patrimonio de la política o la oratoria. En la ciencia su ideal era el criterio libre e independiente del hombre para profundizar conocimientos con honestidad y objetividad. Su integridad como investigador le ganó censuras de varios flancos políticos y religiosos, pero también la admiración de extranjeros con quienes intercambió información, generosamente y con espíritu crítico. En cuanto a los adversarios que minimizaban sus esfuerzos científicos, vinieran del liberalismo o del catolicismo, contra ellos ejercía su pluma sarcástica y con ironía cuestionaba sus postulados y sus absurdas exageraciones.

Igualmente mantuvo siempre distancias con sus colegas liberales, o mestizos, como las interpuso ante el integrismo político-religioso en boga. Comparte con varios amigos e intelectuales de su época una aversión a las interferencias de la política en el arte y la ciencia, y a las mediocridades que ellas generaban. Era tan crítico del liberalismo a la violeta de los ateneístas, como de la apologética neocatólica al uso de Sardá y Salvany y su «Liberalismo es Pecado». Ante la crisis interna que planteó esa obra, mantuvo silencio, pero dejó entrever en su discurso para el Congreso Católico de Madrid (2 de mayo de 1889) que no compartía el triste espectáculo que ofrecía su autor y su obra en la división del catolicismo español. Hubo quienes deseaban vincular su obra con la del apologista catalán, pero él se resistía a semejanes asociaciones.[10]

En el discurso de ingreso a la Academia del P. Mir (1887), MP traza un paralelo entre una apologética católica responsable que sabe reconciliar ciencia y fe y el «racionalismo dogmatizante» de Sardá y Salvany. Lo mismo se trasluce en su

---

[10] Ver carta del párroco Pedro Antonio Melis, escrita desde Calvia, 28 julio 1888 (*E*, IX, n.º 300), donde se habla de los dos grandes talentos de las huestes cálvicas, Menéndez Pelayo y Sardá y Salvany. «Sabio es Vd., mas Dios le quiera *Santo* y sabio; séalo pues uniéndose a los santos y sabios Sardá y Salvany». En una carta de M. Pelayo a Servando Arbolí de Madrid, 4 diciembre 1891 (*E*, XI, n.º 415) menciona el daño y escándalo de los íntegros y de Sardá y Salvany, en el Congreso Católico de Zaragoza de 1890.

prólogo a la obra del P. Caminero (1892), donde se lamenta de la pobreza de los estudios bíblicos en España y del bajo nivel científico del clero. En aquel discurso en Madrid sobre «La Iglesia y las Escuelas Teológicas de España», insiste en que hay que volver a los estudios teológicos serios y de sello castizo, y dejar de lado las estériles disputas de la apologética integrista (*EN* XLIII, 285). No es sólo al heterodoxo a quien le echaba en cara su desvío de las fuentes auténticas de la tradición española, sino también al neo intolerante que, anteponiendo la política a la investigación seria, sacrificaba el carácter nacional y castizo de los estudios filosóficos, históricos y teológicos.

Muerto Cánovas, a quien le unía una admiración y amistad personal, MP se sintió desalentado por la política interna de su partido. Como Director de la Biblioteca Nacional, se dedicó a la convivencia con los muertos, sus amigos los libros, quienes no muerden, y donde ni el interés corrompe ni la lisonja hincha. Apartado del mundo político y social madrileño, prefería la independencia en el retiro de sus bibliotecas al trato con los fantasmas vivos. Los últimos diez años de su vida fueron años de cansancio y abatimiento ante la lucha política y religiosa. Le abruma por un lado la creciente ola de ateísmo que vuelve a surgir a principios del siglo XX, y que llega desde Francia. Pero también le preocupa la crisis antimodernista dentro de la Iglesia Católica, que vuelve con Pío X a reforzar el integrismo intelectual y a someter al creyente a las rigurosas exigencias del tomismo científico. El Motu Proprio de Pío X (18 diciembre 1903) confirmaría sus temores.

Sin embargo, en estos tiempos convulsionados, desde su soledad vuelve a levantar su voz «independiente» en defensa de una tradición científica y literaria española. En el prólogo a la *Historia de la Literatura* de Jaime Fitmaurice Kelly (1901) se lamenta del menosprecio en que han caído las cosas de España, que sólo se aprenden en Manuales y no en sus fuentes originales. Contrasta la actitud de España con la de los hispanistas extranjeros que estudian con amor e inteligencia el pasado español. En España, al investigador se le trata con

desprecio, con triste silencio, con desdén afectado y con distracción miserable. Y no sólo los modestos cultivadores, hasta los más sublimes sufren este menosprecio de los «descastados herederos» que tiene la España antigua. El despojo cultural y la pedantería hueca, viciados por la adulación política, han rebajado la erudición española a un nivel de chabacanería lastimosa. Esta es la gran queja de su madurez y éste el pesimismo cultural que aparecerá en los discursos de recepción de Ramón Menéndez Pidal (1902), en el de Rodríguez Marín (1907), en el de Bonilla y San Martín (1911) y en los prólogos de crítica literaria, como el de Tirso de Molina de Blanca de los Ríos (1910). Se acentúan también en sus discursos oficiales, el de la mayoría de edad de Alfonso XIII (1903), el del homenaje por las bodas de oro de León XIII, en las agrias polémicas cervantistas (1903-1905), como para el tercer centenario de la publicación de la 1.ª parte del *Quijote* (8 de mayo 1905). En este último evento, ante el Claustro Universitario de la Universidad Central de Madrid, MP sintetiza su labor con humildad como investigador de la ciencia española: «no soy educador de espíritus nuevos, sino conservador del tesoro de la tradición con que han de nutrirse; bibliotecario en suma, es decir auxiliar que limpia y acicala las herramientas con que ha de trabajar el pedagogo» (*ECL, EN*, VII, 324).

A los neocatólicos, al conmemorarse los 25 años de la coronación de León XIII, en el Patronato de San Luis (3 de mayo 1903), les recuerda con cierta amargura que él ha conservado también el tesoro de su fe, en medio de aventuras intelectuales europeas y de tiempos adversos para todo espíritu investigador y curioso. Sus sueños son «sueños de arte y ciencia que son los más deliciosos y los más nobles entre los sueños humanos», y añade con cierto desencanto: «Los que desde antiguo sentimos en el corazón la pujante mordedura del espíritu crítico sólo podemos aspirar a confundirnos entre la muchedumbre del pueblo fiel; pero levantar la voz para adoctrinarlo, para guiarlo, jamás» (*EN* LXIII, 334). El viejo MP no quiere pertenecer al tumulto de doctores, legos improvisados y reformadores que pululan con una misión de cambiar

el mundo. Su defensa de la verdad se limita al «campo de los estudios históricos» a que su vocación le llevó desde joven, y a realizar una labor de investigación erudita sin oratoria y sin política. Admite que ante las controversias político-religiosas no se mantuvo ni neutral ni indiferente, pero se distancia de todo liderazgo dentro del catolicismo y marca claramente su zona de influencia, dentro de los sueños del arte.

A este discurso no le falta un tono patético y de amarga recriminación a cierto catolicismo, a sus doctores dogmatizantes, sus dominicos y tomistas incapaces de apreciar lo bello, sus declamadores que mueven los hilos de la política (Pidal), y ante todos los cuales MP se siente disminuido. Una de las imágenes más punzantes en toda su obra es la que presenta en esta ocasión con el clero católico reunido para celebrar a su pontífice, identificándose con el personaje de un juglar candoroso que entretiene en plazas y mansiones señoriales, que se detiene ante monasterios y canta como autor ambulante, sin perder la semilla de su fe. Un «grande y severo teólogo» le reprende por cantarle a la Virgen María, y ella le agradece el gesto bajando del cielo para enjugar el paño y el sudor del humilde cantor. Para MP éste es el rol del artista a quien los severos tomistas censuran y rebajan por su labor profana. El se identifica con estos «pequeñuelos llamados artistas liberados y científicos, que con limpio corazón buscan su huella a través de las pompas de la naturaleza» (ibídem, 336), gentiles y publicanos a quienes Dios tendrá en su misericordia. A los jóvenes les advierte que el arte no es «cosa fútil o baladí» (ib., 337) que tiene un sello divino, y que la ciencia no es mezquina ni hostilmente positivista. Ambas tienen en su seno una metafísica real y perenne digna de ser descubierta y respetada. Estas afirmaciones van dirigidas a los teólogos tomistas que lo han relegado al humilde quehacer de las letras profanas, donde él mantiene su independencia y alto rango como ciudadano libre da la república de las Letras.

En su discurso en la solemne celebración de los 50 años del dogma de la Inmaculada Concepción (5 de diciembre 1904), MP reconoce públicamente su cansancio y vejez. El mundo

moderno, entregado más que nunca a las aceradas y rencorosas disputas para las que no tiene fuerzas, ya no le atrae, y se retira de él a Santander.

Aunque ya totalmente alejado de la política activa de conservadores liberales, mestizos y neocatólicos tradicionalistas, no obstante mantuvo una relación amistosa con Antonio Maura, y lo apoyó en sus campañas sobre educación y a favor de las órdenes religiosas, contra el anticlericalismo que llegaba de Francia. Ante las pretensiones de restringir la libertad de las órdenes religiosas en España (proyecto que llevaría a cabo la Ley del Candado de Canalejas (1910)) intervino con una carta de protesta contra lo que considera es un «conato legislativo que me parece una violación de los sagrados derechos de la Iglesia, un agravio a la libertad espiritual, anterior y superior a todas las libertades políticas, y un triste retroceso por el camino de la intolerancia y del fanatismo sectario» (*EN* LXV, 109). Como Senador del Reino votó contra el proyecto de ley. Al caer en 1907 Canalejas y volver Maura al poder, el proyecto se interrumpe. Pero la Semana Trágica de Barcelona, el proceso y muerte de Ferrer y el deseo de Maura de restringir algunas conquistas «liberales» de la izquierda, acaban rápidamente con el gobierno conservador. Al volver a replantearse la ley del Candado, el catolicismo organiza en Madrid, en el estadio de Jai Alai (3 de febrero 1910) un «mitin» para protestar contra estos eventos y defender la libertad de enseñanza católica ante el auge de las escuelas laicas. A éstas se les atribuían los efectos desastrosos de la semana Trágica. El mensaje de MP es claro: «Juzgo deber de conciencia no sólo religioso, sino social y científico, al adherirme a esta manifestación católica, que es al mismo tiempo una muestra de cultura y una verdadera afirmación del verdadero sentido de la enseñanza popular, ... formando espíritus rectos y sanos». Denuncia la escuela sin Dios, sea cual fuere la aparente mentalidad y neutralidad, porque considera que mutila al entendimiento humano y añade que, en Alemania, Inglaterra o la poderosa República Norteamericana no tiene prosélitos la escuela laica, en el sentido que lo practica el odioso jacobinismo francés. Así levanta su

voz, oculta detrás de los libros, para rechazar una vez más como en tiempos de Jules Ferry la funesta influencia de Francia en plena euforia secularizadora con las leyes de Combes (*EN* LXV, 116-117). Esta carta pública revive dentro del catolicismo los viejos recuerdos del campeón de la Ciencia Española y del Brindis del Retiro. A pesar de sus disidencias profundas con el neocatolicismo, éste le vuelve a reclamar como «suyo» y comienza aquí el lento y seguro proceso de recuperación político-religiosa del polígrafo.

Por su lado, la España socialista de Lerroux, Pablo Iglesias y Soriano, en sendos contramítines, atacan a MP y lo denigran con el título de «Vergüenza nacional». Pero él no se deja engañar ni por la adversidad ni por la lisonja de la política madrileña. La pérdida de la presidencia de la Real Academia ante Pidal y Mon le confirma en su opinión de la gran corrupción interna en su partido y dentro del mismo catolicismo. Hasta Maura le abandona en su candidatura. A su vez, la prensa liberal comenta cómo a un académico laborioso, no menos «mestizo» pero de erudición y entendimiento más profundo, se le deja de lado por las «barbas teológicas guerreras» de Pidal. La prensa liberal pide su renuncia y el documento lo firman conspicuos liberales como Pío Baroja, Blasco Ibáñez, Ramón Pérez de Ayala, Azorín, Antonio Machado, Villaespesa, Carlos Arniches, Manuel Azaña, Gabriel Miró y otros.[11]

En este último período 1906-1912, captamos por su epistolario lo sensible que MP se había vuelto con las amistades y lealtades personales. Apoyado por liberales de renombre como Echegaray, Benito Pérez Galdós y Picón, se destaca en la prensa el hecho de que los liberales auténticos, los que valoran el arte y la ciencia sobre la política, apoyan en MP su obra inmensa, el talento y su voluntad al servicio de la patria. Y hasta desde el lado progresista se ironiza reconociendo su labor cultural en pro de la ciencia y artes españolas, mientras el catolicismo vota en contra de su propio héroe de antaño.

---

[11] Se publicó en *El Imparcial* de 22 noviembre 1906.

Para desagraviar esta ofensa, la Academia de la Historia le entrega al año siguiente (1907) una medalla de oro. El mensaje de él es patético. «Llegué a creer que no era enteramente inútil la semilla que había lanzado al surco» (*EN*, LXIII, 355). Varios amigos lo acompañan desde el extranjero y desde España. En todos ellos palpita el mismo anhelo; la regeneración científica de España. «Podemos diferir en los medios, pero en las aspiraciones estamos conformes» (ib. 354). Y él reitera su profunda convicción, nunca perdida, de que una nación se salva por su propio esfuerzo intelectual, tomando plena conciencia de sí misma y con el estudio severo y recto de la historia. En el discurso de recepción de su discípulo Bonilla y San Martín (26 mayo 1911) recuerda que por su cátedra pasaron Ramón Menéndez Pidal y el propio Adolfo Bonilla. «Empiezo a creer que no ha sido inútil mi tránsito por este mundo».[12]

Con la muerte de Valera, Pereda y Clarín, MP se va sintiendo solo. A la soledad se le añaden el desengaño con los círculos políticos e intelectuales de Madrid, y con los neocatólicos de su partido. A Rodríguez Marín le confiesa su alejamiento de tanta podredumbre e ingratitud.

Sin embargo, el catolicismo le sigue convocando. En medio de las controversias entre católicos y liberales, en 1911 se organiza el primer Congreso Eucarístico Nacional. Era un gesto de «desagravio» y desafío a Canalejas. Las masas católicas buscan espacio en las calles de Madrid y protestan contra las medidas gubernamentales. Cansado y enfermo MP no acude, pero manda un discurso sobre los Autos Sacramentales de Calderón. Es su último acto público ante el Rey y las autoridades oficiales. A pesar de la grandiosidad del evento, no esconde su desilusión y pesimismo por un catolicismo desunido contra la heterodoxia oficial. Pero no obstante sus abiertas recriminaciones, el catolicismo nacionalista abiertamente y sin su consentimiento comienza a utilizarlo para sus fines políticos.

---

[12] *Ensayos de Crítica filosófica, EN*, XLIII, 388-89.

La ocasión se presenta con el premio Nobel de Literatura, para cuya candidatura se propone a Benito Pérez Galdós.

Los católicos presentan la de MP como símbolo de la «verdadera encarnación del alma nacional». La prensa liberal por su lado, describe a Galdós en Casandra, matando la hidra del clericalismo español con la bandera de la libertad en su mano. Para el catolicismo, Galdós no representaba la leal raza española. Sus personajes inspiraban odio y rencor a la religión del pueblo, por lo tanto la candidatura al premio Nobel del autor de Electra y Casandra era una ofensa e injuria al alma nacional.

MP permanece en silencio y ajeno a este griterío de las dos Españas que le enfrentaban a un viejo amigo, a quien él había llevado a la Real Academia Española como el genio más fecundo de la literatura contemporánea.

La actitud beligerante del catolicismo, de querer rescatar a MP como «nuestro» y no de los liberales, se acentuó en los discursos necrológicos de 1912, donde claramente se proclama a los *Heterodoxos* y la *Ciencia Española* como conquistas del catolicismo contra la ciencia impía. A viejas amistades liberales del polígrafo se les aclara que MP es «de los católicos ... y nadie más, de ninguna suerte pueden reclamarle suyo más que los católicos» (Correo Catalán, 21 mayo 1912). Unicamente la prensa integrista rememora su apostasía liberal. En este ambiente tenso de reclamos mutuos, curiosamente se cita a Juan Valera desde el catolicismo reconociendo al MP de los *Heterodoxos* como «menos liberal» que el que fue más tarde. Por el lado liberal, textos del fallecido Valera aparecen formando un sorprendente mosaico de opiniones católico-liberales, donde no se menciona nunca el enfrentamiento con la heterodoxia krausista.

Mientras la prensa católica proclama a MP legítimo sucesor de la España tradicional católica, dejando de lado su humanismo renacentista, su clacisismo, su obra de crítica literaria, y las *Ideas Estéticas*, amigos liberales de España y el extranjero lo homenajean como investigador y «mente superior» y distinta al catolicismo corriente. También desde este sector

se lo proclamaba genio de la raza española y símbolo de la ciencia universal. No faltaron sin embargo, silencios por parte de liberales agredidos y tomistas resentidos, que le retaceaban valor científico y cultural.

La imagen de un MP pasivo, desilusionado, dedicado a los libros, apartado de las polémicas de actualidad, no era la que deseaba el catolicismo militante del periódico *El Universo*. Su Director Rufino Blanco comienza en sus artículos de 1912 a ocultar las ásperas realidades históricas de su vida. El descorazonamiento con la restauración científica católica, su desaliento con la España politizada, inculta y pobre, su desazón ante un catolicismo dividido y un liberalismo conservador corrompido, comienzan a esfumarse ante la imagen de un MP «vindicativo» y «militante» contra la heterodoxia española. Las cuartillas de León Herrero sobre «La Escuela del Patriotismo» en la velada necrológica en honor a MP [13] son un símbolo concreto de este cambio. En 1912 se comienza a desliberalizarlo y a enarbolar «la Escuela del Patriotismo» Menéndez-pelayista contra los bárbaros modernos.

Como resumen de todo este incompleto recorrido por la trayectoria intelectual y político-religiosa de MP nos encontramos finalmente con una personalidad «independiente», sobre la cual no encajan fácilmente los rótulos simplistas o partidistas del liberalismo o tradicionalismo político. En su visión más madura de la historia de España, él se declara amante, investigador, y defensor de la tradición católica española en su esencia indestructible. No confunde nunca esta tradición con las doctrinas políticas de un partido determinado. Lo mismo ocurre con su concepto de la libertad, ideal complejo y controvertido aun dentro de las filas de su propio partido liberal conservador. Como Senador de este partido luchó por conservar estas tradiciones católicas y regionales dentro del marco de la ley. Pero en su opinión, el liberalismo conservador era un ideal más elevado que el que requería la política. En 1890 definió a su partido como «la congregación de todos

[13] Se publicaron en *El Diario Montañés*, 11 junio 1912.

los hombres de buena voluntad que no han renegado de su tradición y de su casta y que sostienen y defienden la unidad del espíritu español y dentro de él la riquísima variedad de sus manifestaciones regionales» (*EN*, LXIII, 325-26). Soñaba en aquel entonces con «la racional libertad que puede tener una política amplia, generosa, expansiva, y verdaderamente española (ib., 326), y concluía diciendo: «Tal es mi programa, señores, tal es sin duda el vuestro».

Los hechos políticos de la Restauración no confirmaron estos ideales. Lo que falló no fue el concepto de libertad o tradición inherente en la obra de MP, sino los intereses y las luchas internas que no lograron la armonía entre liberalismo y tradicionalismo como lo concebía el espíritu más maduro de MP. A pesar de su defensa de los derechos de la Iglesia católica en España «con independencia de toda doctrina política», no fue posible alcanzarlos. La política en su dinámica voraz y destructiva se fue tragando a liberales y tradicionalistas, católicos y ateos hasta concluir en una guerra civil, donde la propia figura de MP desapareció en un confuso mito antagónico entre dos España irreconciliables. Este es el MP que nos ha llegado vagamente a las generaciones más jóvenes.

Para los que dudan si fue liberal o tradicionalista intuimos que intentó convivir con ambos en una actitud crítica y que su pensamiento tomó de unos y de otros. Fue sin duda la conflictiva cuestión político-religiosa la que no permitió una convivencia armónica entre estos dos conceptos. Cuarenta años de Menéndezpelayismo triunfalista y de silencios partidistas tampoco contribuyeron a esclarecer el verdadero tradicionalismo o liberalismo decimonónico de una de las figuras más complejas y controvertidas de la historia española. En esta misma confusión ideológica se vieron atrapados también sus contemporáneos. Para las generaciones actuales, si no se aclara el complejo panorama político-religioso del siglo XIX, permanecerán las dudas respecto a los supuestos liberalismos o tradicionalismos de sus protagonistas.

MARTA CAMPOMAR FORNIELES
Fundación Ortega y Gasset de Argentina